

## EL ESCRITOR DE LOS FINALES ENIGMÁTICOS

**chema sánchez alcón**

*Todas son buenas chicas*, sí, dice el título, pero, como veremos, muchos de los cuentos desmienten esta afirmación, o más bien la convierten en un enigma zen que el lector debe desentrañar.

En el último párrafo (pág. 46) del relato *La noche del pollo frito* queda dudosamente claro que, a pesar del suicidio de July, su marido Isaac, atraído por Juana, confiesa: “Me dijo que tú eras una buena chica.” Y no lo es porque una chica le hubiese confesado a su amiga que quiere a su marido. O no. El lector ya tiene servido el enigma y el escritor, sabedor de que la literatura no es un tratado filosófico, deja al lector con su balbuciente inquietud, incluso perplejidad porque nos enfrenta a nosotros mismos, a la naturaleza humana en su estado menos sólido. Qué se debe o no se debe hacer no le incumbe a los personajes pero sí a las personas que viven y sienten que la literatura es un poco más compleja que la vida. El resto del relato es una filigrana entre la conciencia de culpa y la atracción sexual. Como quien no quiere la cosa, de una forma elusiva, sin dramatismos, en la línea de la mejor novela realista americana, el autor *inacaba* (si es que se puede utilizar este verbo imposible) su relato de una forma inesperada. Isaac seguirá el mismo camino de la aniquilación. El lector no sale de su asombro ante estos finales fulminantes contados, ya digo, como si nada.

En otro de sus relatos, Sonia, *Una buena chica*, otra “buena chica” y , sin embargo, el Erre no sabe verlo. Otro final terrorífico sin estridencias nos espera en este relato.

En otro relato surgido de la cotidianeidad, *Lirios amarillos*, el pescador buscando el trofeo, la Gran Trucha, deriva en un giro inesperado. Es más importante llevarle a Laura lirios que el ansiado trofeo. Es como si el capitán Akab hubiese renunciado a Moby Dick por un gesto sin importancia. Otro final enigmático.

La mala literatura utilizaría finales dramáticos, impostados, plantearía dramones en torno a cada uno de los sutiles dilemas que nos lanza el escritor. La escritura indirecta de Belda deja al lector el mayor trabajo: la incertidumbre de sus emociones cuando la vida se posa delante de su ojos, sin concesiones, sin retórica.